Acad-II
Esp-65

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL

Sr. D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA

EL DOMINGO 21 DE FEBRERO DE 1897

MADRID
EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
C. de San Francisco, 4
1897

R 40632

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL

Sr. D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA

EL DOMINGO 21 DE FEBRERO DE 1897

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA BIBLIOTECA

MADRID
EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
C. de San Francisco, 4
1897

DISCURSO

DEL

Sr. D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA

Señores Académicos:

Sin poner en duda la sinceridad de cuantos predecesores míos en este sitio y en otras tantas ocasiones idénticas á ésta, se han lamentado de ser poco merecedores y hasta indignos de ocuparle, puedo afirmar yo, con el testimonio de los que, de vosotros, me conocen de cerca, que si no existiera, consagrada por el uso y admitida por las leyes de la cortesía, aquélla casi fórmula de encaje, habría que inventarla hoy para mí; porque si hay un hombre que, verdaderamente, pueda considerarse en este recinto fuera de su elemento natural y propio, ese hombre soy yo, que «de mis soledades vengo,» avezado á contemplar el sol á través de los follajes de la tierra nativa, y expuesto aquí, de repente, á los rayos de su luz deslumbradora, sin la interposición de una sola nube que la empañe y temple sus rigores en el hermoso cielo en que surge y centellea. Y válgame lo que significa esta declaración honrada y cordial, como medida de la gratitud que os debo, y hasta de mi asombro por atreverme á decirlo en estas alturas, jamás contadas entre las limitadísimas ambiciones de mi vida.

Pero independientemente de estos motivos, hay otro, de índole tan especial, que, como comprenderíais desde

luégo si me fuera lícito publicarle con todos sus interesantes pormenores, basta por sí solo para que yo mire y considere con un respeto rayano del temor supersticioso, el sitial que me habéis designado al quedar vacante por la muerte de vuestro insigne compañero y muy querido y admirado amigo mío, el Sr. D. José de Castro y Serrano.

Es ambición corriente, por no decir innata, en las gentes aficionadas á la lectura, y muy en particular de obras de imaginación, la de conocer personalmente al autor de los libros más de su gusto, y hecho muy comprobado por la experiencia, que rara vez se satisface una codicia de éstas sin el castigo de un desencanto. Ni en lo moral ni en lo físico, suele resultar la persona que ha forjado la imaginación. No es raro que el autor de unas páginas en que chisporrotean los donaires y las filigranas de un ingenio vivo y regocijado, sea un hombre macizo, basto de líneas, torpe y seco de palabra y perezoso de ideas; ó, al contrario, que hayan brotado de la pluma de un sujeto enfermizo, débil y atrabiliario, aquellos capítulos espléndidos, gallardos y viriles que nos entusiasmaron en letras de molde. Castro y Serrano era una señaladísima excepción en ésta que yo tengo por regla punto menos que general. El hombre y el escritor eran una misma cosa. Oirle, equivalía á leerle; y mucho de lo que en ocasiones se adivinaba en el libro, todo lo que la malicia daba por entendido en las páginas impresas, podía verse confirmado en labios del autor; y siempre llegaba á dudarse cuál, entre lo escrito y lo hablado, entretenía y cautivaba más.

Proverbiales son entre vosotros y cuantos tuvieron la fortuna de intimar con él, su exquisita cultura, su in-

comparable gracejo, su palabra chispeante, sus donaires y agudezas, contenidos siempre en los linderos de la más correcta educación; aquél, en fin, su *don de gentes,* por cuya virtud se le abrían puertas y corazones. Y por ser ello tan sabido, no quiero insistir en la pintura de este aspecto interesantísimo de una figura de tan simpático relieve en el cuadro de la literatura española de estos últimos tiempos. Yo no fuí de los afortunados que le trataron mucho; pero me glorío de ser de los que con mayor desinterés admiraron sus prendas personales y sus dotes de escritor. Me tocó conocer las primeras en los últimos años de su vida, y lo breve de este goce dobló en mi corazón el sentimiento de su muerte.

Como escritor, no fué de los llamados *de alto vuelo;* pero sí de los que, volando á flor de tierra, mejor han sabido mirar hacia arriba para orientarse acá abajo en la tarea de buscar, para sus inspiraciones de artista, el lado más útil y pintoresco de la vida humana. De este modo consiguió tan á menudo extraer oro finísimo del barro común de las flaquezas más vulgares y corrientes en el mundo de la realidad, y con la sutileza de su observación, descubrir y estimar lo que á la simple vista parecía más oculto ó más insignificante. Con arte exquisito lo daba color y forma: lo demás era obra privativa y misteriosa de su corazón, henchido siempre de nobles y hermosos sentimientos. Así logró más de una vez inclinar los caritativos de sus lectores al alivio de grandes y verdaderos infortunios, presentados como asuntos de sus cuadros literarios. Por cierto que los triunfos de este linaje debieron de ser los que más le halagaron, porque, ó no hay vanidad lícita en la tierra, ó debe serlo la de poseer una pluma con la virtud extraña de convertir las palabras que traza y las ideas que

diluye en un papel, en pan y abrigo para los hambrientos, desnudos y desamparados.

De la solidez de sus escritos da testimonio, particularmente en los de crítica y sátira, pero sátira culta, comedida y urbana, el interés con que aún se leen, no obstante lo envejecido y remoto de las costumbres ó de los asuntos á que se refieren algunos de ellos; y cito por ejemplo las *Cartas trascendentales* y *La Novela del Egipto,* dos de los libros más leídos y con mayor justicia popularizados en España.

Quizás le fué la palabra más dócil que la pluma, porque se ve en sus escritos la huella del escrúpulo y el paso de la lima; pero nada de ello, como trabajo de artista delicado, quita brillo ni frescura á la obra de arte: antes la perfecciona y embellece. Así andan en sus libros las sanas y honradas ideas expresadas en lenguaje y estilo primorosos, lo mismo en lo festivo que en lo grave, porque á ambos tonos se adaptaba igualmente la complexión literaria del insigne escritor granadino.

«Si queréis ser leídos, sed amenos,» dijo al entrar por vez primera en esta Casa. Y al hablar así, predicaba con el ejemplo, porque cabalmente es la amenidad el encanto mayor de esas obras que le conquistaron un lugar de preferencia en la literatura contemporánea, y un puesto merecidísimo entre vosotros.

Del Académico, no debo ser yo quien hable sino para decir que fué bien poco afortunado en el sucesor que le cupo en suerte; porque un escritor como él, hombre, á la vez, que alcanzó, por lo notorio de sus virtudes y talentos, el raro privilegio de pasar á mejor vida sin dejar en el mundo un enemigo que con su enconada protesta turbe y desconcierte el nutrido coro de alabanzas de sus admiradores, merecía en esta ocasión panegírico más resonante y autorizado que el que le tri-

buta, en estos pocos y descosidos renglones, mi pluma inhábil y torpe, aunque la muevan impulsos de cariño y de admiración.

En rigor, y juzgando de estos actos y de estas cosas por los cánones de mi propio criterio, no muy de fiar, aquí debiera poner fin á mi tarea, pues que en lo dicho se contiene ya cuanto puede pedirse á un hombre de bien y muy agradecido, al atravesar los umbrales que se le franquean, por inmerecido favor, de una morada cuyo esplendor y señorío le imponen y amedrentan; pero la costumbre admitida, ó los preceptos reglamentarios de esta Casa, piden algo más; y yo, sometiéndome respetuosamente á esa ley, aunque muy dura para mí, voy á intentar su cumplimiento, no dogmatizando sobre punto alguno de los innumerables de vuestra competencia bien acreditada, sino apuntando algunas observaciones, á mi modo y á la buena de Dios, sobre aquello que menos mal se me alcanza dentro de la jurisdicción de mi temperamento literario, en el cual habéis visto vosotros, con gran sorpresa mía, méritos bastantes para traerme á vuestro lado.

Hablaré, pues, en cumplimiento de aquel penoso deber, que vuelvo á mencionar para ofrecérosle por disculpa de la mortificación que he de causaros, de la novela; pero no de la novela como género, sino de una de sus variedades ó especies, la más acomodada á la extensión de mis alcances: la *novela regional*.

Se ha convenido en dar este nombre á aquélla cuyo asunto se desenvuelve en una comarca ó lugar que tiene vida, caracteres y color propios y distintivos, los cua-

les entran en la obra como parte principalísima de ella; con lo que queda dicho implícitamente que no cae dentro de aquella denominación la novela *urbana*, de donde quiera que fuere la ciudad, siempre que sea de las que *se visten á la moderna* y se rigen por la ley de todas las sociedades llamadas cultas por ir absorbidas, y muy á su gusto, en el torrente circulatorio de las modas reinantes. La novela á que yo me refiero aquí, tiene más puntos de contacto con la naturaleza que con la sociedad; con lo perdurable, que con lo efímero y pasajero; con la eternidad del arte, que con el humano artificio de *las circunstancias;* y casi me atrevo á asegurar que en pocas naciones del mundo tiene esta importante rama de la literatura tan bien cimentada su razón de existencia, como en España, cuya unidad moral es, por la firmeza de su cohesión, tan de notarse, como la falta de ella en sus precedentes históricos y etnográficos, y en sus costumbres, climas y temperamentos. Se impone, pues, aquí la novela regional, como se impone el sentimiento que la engendra y produce: el regionalismo, pasión acerca de la cual tiene el vulgo de los que discurren en los centros populosos y descoloridos, muy equivocados conceptos.

En opinión de estos aprensivos, el sentimiento, no ya la pasión, del regionalismo, conduce á la desmembración y aniquilamiento de la colectividad histórica y política, de la patria de todos, de *la patria grande*. Yo no sé si existirá algún caso de éstos en la tierra española, y, por de pronto, le niego, porque no le concibo en mi lealtad de castellano viejo; pero exista ó no, no es ese el regionalismo que yo profeso y ensalzo, y se nutre del amor al terruño natal, á sus leyes, usos y buenas costumbres; á sus aires, á su luz, á sus panoramas y horizontes; á sus fiestas y regocijos tradicionales, á sus

consejas y baladas, al aroma de sus campos, á los frutos de sus mieses, á las brisas de sus estíos, á las *fogatas* de sus inviernos, á la mar de sus costas, á los montes de sus fronteras; y como compendio y suma de todo ello, al hogar en que se ha nacido y se espera morir; al grupo de la familia cobijada en su recinto, ó á las sombras veneradas de los que ya no existen de ella, pero que resucitan en el corazón y en la memoria de los vivos, en cada rezo de los que pide por los muertos, entre las tinieblas y el augusto silencio de la noche, la voz, que jamás se olvida, de la campana de la Iglesia vigilante..... Y así, por este orden, hasta lo que no se cuenta por números. Pues á este regionalismo le tengo yo por saludable, elevado y patriótico; y no comprendo cómo se le puede conceptuar de otra manera menos honrosa sin desconocer y confundir lastimosamente los organismos fundamentales de los Estados; organismos cuya consistencia no dimana de unas cuantas leyes estampadas en un papel, por la convicción ó la conveniencia de unos cuantos hombres erigidos en legisladores, sino de algo que puso Dios en la esencia de otros más humildes; algo que se roza más con el alma que con el cuerpo; con el espíritu que se eleva, que con la materia que se arrastra; algo en que no se fijan los hombres tocados del vértigo de la preponderancia en todos los aspectos de las humanas ambiciones, y que, sin embargo, es la única sangre rica que va quedando en el cuerpo social, medio podrido á estas horas, si no mienten las señales que todos lamentáis á cada instante en libros y papeles.

Pero aun considerado este regionalismo como mera pasión romántica y sentimental, es acreedor á mayores respetos que los que debe al llamado *modernismo* hoy triunfante, que alardea de desdeñarle siempre que le

encuentra al paso, cuando no le escarnece y vilipendia, como á cosa vetusta y mal oliente, nocivo á la salud de las nuevas ideas, y estorbo á las corrientes de la cultura social y del progreso humano, incompatible, por lo visto, con toda casta de fronteras, las ideales inclusive; porque, á mi modo de ver, no sienta mal un poco de estética hasta en la ciencia de los números y en la prosa de la vida doméstica, y no puedo convencerme de que á un caudal le perjudique el estar compuesto de muchos tipos de moneda, ni de que los vínculos de una familia se relajen porque el hijo militar se engría con sus arreos marciales, el sacerdote con sus negros talares y su púlpito, y el abogado con su toga y sus batallas forenses. Al cabo, de varios miembros se compone un cuerpo bien constituído, y ningún miembro se parece á otro, ni en la forma ni en el destino que le está señalado por la naturaleza.

Quien haya tenido la desgracia de nacer y vivir entre calles urbanizadas y vecinos temporeros, sin otros horizontes á la vista que las dos bocas extremas de la calle, ni otro cielo que la menguada tira de él columbrada por la rendija de los contrapuestos aleros de ambas aceras, y se sienta arrastrado por las seducciones de la vida mundana, por la fiebre de la política ó la fiebre de la Bolsa, ó por el hechizo de los salones y espectáculos; quien viva, en suma, obligado por el gusto ó por la necesidad, aclimatado á los ruidos de las muchedumbres y al estruendo de las máquinas, y, como reñido con el sol, acostándose al amanecer y despertando á la caída de la tarde, no puede ser juez competente en esta clase de litigios. No sabrá nunca, no penetrará jamás lo que hablan, lo que dicen, lo que enseñan; la fuerza, el poder atractivo y vivificante que poseen esos mil componentes de la vida regional goza-

da al aire libre y «de padres á hijos,» sin las trabas y cortapisas del código del llamado «bien vivir» en los centros populosos; lo que esas cosas, tan pequeñas, comparadas con lo que ahora se entiende por grande, arraigan en el espíritu de quien se haya formado entre ellas; cómo las lleva en el corazón y en la memoria adonde quiera que va, y le guían y confortan en las prosperidades y en los infortunios de la vida, y son el norte fijo de sus grandes ilusiones para el día, ambicionado siempre, de su vuelta al solar abandonado por los rigores de la necesidad.

No me atrevo á decir que les suceda lo propio á los hijos de las grandes poblaciones, á los nacidos y formados entre los hormigueros de sus calles, con los recuerdos, mal grabados en la memoria, de una vivienda, de una plaza ó de un holgadero cualquiera, que ya no existen ó han cambiado de forma y de destino varias veces por imperio de una ley de *conveniencia pública;* pero no se puede negar que el hombre de las ciudades se acomoda fácilmente á vivir y morir en otras semejantes fuera de su patria, ni que esto jamás le sucede al hombre de la región, especialmente si es montañosa, que siempre vuelve á ella, como no se lo impida la mala fortuna, aunque no sea más que para morir al amparo de la cruz del campanario y entregar la inútil carga de sus huesos á la tierra sagrada del pobre camposanto de su remoto y escondido lugar.

Repito que conozco lo mísero del precio que estas minucias de la vida sencilla, obscura y semipatriarcal, alcanzan en el mercado en que tan alto se avaloran los llamados «grandes intereses» de la vida moderna; pero también me consta, con toda certidumbre, que no son tan de despreciar entre los hombres de bien cultivado entendimiento, que todavía se resisten á dejarse con-

ducir entre las piaras de Epicuro, porque saben que tienen un alma, la cual necesita, por su destino y por su origen, un ambiente puro en que respirar, y que este ambiente no abunda en el espacio en que se revuelven las desenfrenadas ambiciones que imprimen sello y carácter á los tiempos que corren y á las gentes que se usan. De todas maneras, y por eso le apunto, el dato no deja de ser de fuerza contra los aprensivos que afirman que el entusiasmo por el terruño natal, es decir, por la *patria chica*, amengua el amor á la *patria grande*. ¡Como si la idea de toda esta patria no cupiera en aquel pedazo suyo! ¡Como si hasta para dar la vida por ella, no fuera aguijón más poderoso que una imperfecta y vaga abstracción simbólica, el conocimiento y la posesión de una realidad palpable!

Pero no es éste el fin á que yo quiero ir á parar por la senda elegida de propio intento, aunque no me disgusta haberme tropezado con él de pasada: lo que me he propuesto, sencillamente, es presentaros un esbozo siquiera de lo que yo entiendo por región y por regionalismo, como campo de observación y materia inspiradora de la novela que ha de ser objeto de las consideraciones con que, bien á pesar mío, he de seguir molestándoos; sólo que en nadie como en mí se cumple lo de que «rara vez se corta por donde se señala,» ni en ningún trance de mi vida han andado tan desacordes como en éste, el sentimiento de la materia tratada y los medios de su expresión clara y metódica.

Quería yo deciros que el regionalismo de que voy hablando no tiene nada que ver con la Geografía política, ni con la Historia, ni con la ley fundamental del Estado, ni mucho menos con el Catastro nacional y de-

marcación de fronteras; ni con nadie ni con nada está reñido, sino con la pompa de los salones, el tufo de las grandes industrias, los «hombres de negocios» y el ajetreo político con todos sus derivados, congéneres, similares y *partehabientes;* y de aquí que pueda extenderse su jurisdicción hasta la ciudad misma, ó á la parte de ella en que, por milagro de Dios, respire todavía, como salamandra en el fuego, algo de la masa pintoresca del pueblo original y castizo, con su fe y sus gustos y sus leyes de abolengo. Donde algo de esto quede, allí hay regionalismo de ese que yo profeso y ensalzo y me atrevo á presentaros como rica, inagotable cantera en que acopia sus materiales la novela regional, ó rústica, ó, más genérica y expresiva y propiamente hablando, la novela popular, y, por ende, nacional, española neta.

Dicho esto, y bien considerada su índole singularísima, la sencillez de colorido y contextura de sus elementos principales, se da por entendido que no basta, por sí solo, para componerla, el buen ingenio, por cultivado que esté en otros ambientes extraños, sino que se necesita llevar en la masa de la sangre el jugo de los componentes, que no podrá asimilarse nunca el novelista, por muy avispado que sea, llegado, por curiosidad, á la comarca elegida, con la cartera de apuntes en la mano, como si se tratara de inventariar los estragos de un incendio ó los productos de una cosecha; porque bien sabido es que en la pintura de caracteres y costumbres, particularmente los de este linaje, importa más lo *de adentro* que lo exterior; y lo de adentro no lo ve ni lo siente nadie que no lo lleve consigo y bien infiltrado en el alma; afirmación que me obliga á haceros una advertencia, aunque también parezca innecesaria, tratándose de jueces de tan recto pensar como vosotros, y de una sinceridad tan patente como la mía; y es, á

saber, que ha de darse también por entendido que lo que diga en elogio de la novela regional, no irá ni siquiera en defensa de las desdichadas que yo compongo, sino de la calidad de los elementos de que me valgo para componerlas y de otros semejantes.

Volviendo al asunto, repito que no anda muy conforme con la definición que dejo hecha de la llamada vulgarmente novela regional, cierta crítica al uso, que no quiere ver en ella otra cosa que una pintura más ó menos fiel, especie de monografía, más ó menos literaria, de un lugar determinado y de unas gentes y unas cosas singularísimas y excepcionales, fuera de toda relación y comercio con el resto de la patria común; «ordinarieces y vulgaridades» más que suficientemente remuneradas con el «pase» desdeñoso del lector «culto y distinguido.» Para estos señores compasivos, que muy á menudo se equivocan, la novela propiamente «seria» y digna de los honores de la crítica sesuda y docta; la novela nacional, legítima, de costumbres españolas, es la de guante blanco, la de los salones elegantes, la de la *alta* banca, de la *alta* política; la filosófica de los *problemas* y *conflictos* en cualquiera de los órdenes y jerarquías del presente estado social, etc. Y es que estos apasionados «modernistas» confunden lo interesante con lo castizo; lo más usual y á la moda, con lo característico y permanente; las ramas con el tronco; porque pase, y de buen grado mío, que esta novela que tan altos y admirables vuelos ha tomado en el día, sea más interesante y atractiva para mayor número de lectores que la otra, porque es el reflejo del estado actual de ciertas cosas en muchas partes del mundo; pero por lo mismo que es así; por lo mismo que su asunto es moneda corriente en todos los salones, ó en todos los talleres, ó en todas las plazas públicas, en to-

das las sociedades, en fin, que alcanzan altura igual en el nivel de la cultura moderna, no puede ser la novela de ninguna de esas partes, porque está formada de elementos comunes á todas ellas; y todo lo podrá ser en España, que es la nación de Europa que más de lo ajeno va vestida, cuando á la moda se viste, menos novela de *costumbres españolas,* porque no son genuinamente españoles ni el modo de ser de sus personajes, ni los fondos de su escenario, ni siquiera las pasiones ó virtudes que en ella juegan.

A la francesa..... ó á la inglesa, se vive hoy en la clásica tierra castellana, y se anda, y se legisla, y se viaja, y se piensa; á las horas que en Francia ó en Inglaterra, se sientan á comer nuestros próceres y gentes encopetadas; en francés se imprime la minuta de lo que van comiendo y hasta de los famosos vinos españoles que van bebiendo; extranjeros son los criados que hormiguean en derredor de la mesa; extranjero el vestido que los confunde con sus amos; extranjeros el aparato y los nombres de cada mueble y objeto de la estancia; extranjera la lengua que á ratos se habla entre los satisfechos comensales; extranjera la decoración del resto de la casa, y extranjeros, en fin, han de ser los libros que lean en sus ratos de ocio las señoras que la habitan. Al prócer ostentoso remeda el industrial acaudalado, y á éste el tendero presumido y el rentista vanidoso; y así, por esta escala abajo, hasta el empleadillo del entresuelo y el barbero de la esquina. Al teatro nacional le ahogan, como la yedra al arbusto que nació sano y vigoroso, los mal llamados *arreglos* de las producciones del vecino; de malas traducciones se nutren y atiborran los folletines de nuestros papeles públicos, y sabe Dios en qué lengua están escritas las restantes secciones de muchos de ellos; el deslavazado cuadrú-

pedo inglés ha sustituído en calles y paseos al gallardo potro jerezano, y á la hora presente ya le encuentra su jinete caprichoso menos divertido y elegante que pernear, encorvado y á horcajadas, sobre un artefacto, exótico también. De afuera han venido ciertas ideas que, ó porque no son buenas, ó por haber sido mal digeridas, tienen á los hombres, altos y bajos, en perpetua locura y desconcierto. Por último, y en honra nuestra se diga, no brotó en España, tierra de cristianos, el germen venenoso del impulso brutal y despiadado que, con mano española, lanza la bomba mortífera y siembra el estrago sangriento en las muchedumbres desprevenidas é indefensas.

De este modo anda el extranjerismo infiltrado en nuestra vida social; en las costumbres que seguimos, dentro y fuera del hogar; en los nombres de las cosas más usuales y corrientes; en las ideas que ventilamos, en las leyes que nos rigen, y hasta en la lengua que se habla, y en los libros que se leen, y en la atmósfera que se respira. Y yo pregunto en vista de ello: ¿se puede construir con estos materiales extranjeros, y sin un milagro de Dios, una obra española, en el sentido en que debe tomarse esta palabra cuando se trata de obras de arte? Responda el más obcecado *modernista*, y advierta de paso que, al negar esta condición á esa novela que tantas y tantas otras eminentísimas posee, no hago más que reclamar lo que el vulgo equivocadamente le adjudica, para dárselo á quien pertenece en buen derecho: á la novela regional, motivo de estas descosidas é insignificantes observaciones. Porque, ó no hay novela propiamente española, ó lo es ésta, hecha precisamente con los elementos indígenas desdeñados ó desconocidos por la otra; lo es, repito, esta novela, la novela de la provincia, la novela del campo ó de la costa; la

del pueblo, en fin, alto ó bajo, urbano ó rústico, pero pueblo siempre, libre aún del contagio de esa invasión extraña, que todo lo desnaturaliza, confunde y amontona; del pueblo con sus leyes, usos, grandezas y miserias, virtudes y preocupaciones, y, sobre todo, con su lengua original, rica y briosa; con sus modismos provinciales, que son, al decir de una autoridad (1) que no rechazaréis vosotros seguramente, «la savia, el jugo de la hermosa lengua castellana;» de la lengua del *Quijote,* y de todo el inapreciable tesoro de nuestra literatura clásica, del cual es parte principalísima la novela picaresca de los siglos de oro, y cuyos Guzmanes de Alfarache, Lazarillos de Tormes, Rinconetes, Monipodios, Pablos de Segovia y otros tales, bien poco tienen, en verdad, de caballeros elegantes de salón, ó de personajes de Parlamentos y Academias; ilustre y nunca bastante ensalzado abolengo del actual realismo castellano, bien escaso, por desdicha, en el vertiginoso movimiento literario de nuestros días; realismo apenas advertido por los linces de la crítica poco há mencionada, y eso para considerarle como esfuerzo, «muy plausible,» de imitación del intruso, desconsolador y, á menudo, mal oliente naturalismo; que á extremos tales conduce la ceguedad humana, ó la fuerza de la rutina pedantesca, que tanto monta.

Pues bien, señores Académicos, y salvo siempre mejor parecer que el mío: yo creo que si no se otorga á la novela regional contemporánea el título de *castizamente española*, hay que negárselo también á las citadas de los siglos de oro de nuestra literatura; porque, mal ó bien, hechas están las de hoy con los mismos elementos que las de ayer, y la condición de la hechura no modifica en nada la calidad de las cosas.

(1) Menéndez y Pelayo.

Con tiempo que yo no quiero robaros, se podrían establecer aquí unas cuantas diferencias muy substanciales entre las dos castas de novela á las cuales voy refiriéndome, para venir á parar á que siendo, como es, la moderna, la de hondo análisis, la filosófica y social, la llamada, en fin, en castellano vigente, aunque bien poco castizo, «*alta* novela;» siendo ésta, repito, la preeminente hoy, no tanto por la fuerza de la moda, como por el valor positivo que la han dado sus grandes prendas artísticas, no es la otra, la popular, cosa de menospreciarse, y mucho menos tomada en el punto de perfección á que ha llegado la primera.

Os diría, entre otras cosas, que esta novela es á la regional, lo que los cuadros *de taller* son á las pinturas murales: hay en aquélla mayor lujo de composición y de estudio del modelo; la otra es, en cambio, más espontánea y briosa. La primera es la novela de las ideas; la segunda es preferentemente la de los hechos, más real, menos retórica. Aquélla estudia las cosas en el estado en que las pone el movimiento incesante de las novedades que pasan; ésta prefiere lo inamovible y duradero; la una pule y cincela, investiga y ahonda en los organismos sociales influídos por el llamado *medio ambiente;* la otra esculpe las figuras de sus cuadros en la roca misma de los montes, al aire libre y á la luz del sol. La primera busca para fondo de sus creaciones el aliño artificioso de la ciudad, hechura de los hombres; la segunda la naturaleza, obra de Dios é inmutable y de todos los tiempos. Aquélla se cuida y se paga más del dibujo, de las filigranas; ésta, del colorido. Por eso es más sencilla, y por ser así, menos interesante que la otra para la gran masa de lectores que respiran el mismo ambiente que el novelista que produce la de su gusto..... aunque estirando un poco la materia y sin gran

esfuerzo, esto del *interés* en las novelas (que no es siempre el *placer estético)* pudiera también dar motivo á otra larga serie de consideraciones que yo haría de muy buena gana, sin el temor de molestaros con ellas. Porque, en primer lugar, ¿qué se entiende por *interés* en una novela? Para un lector adocenado, el que resulta de las complicaciones y sorpresas de su argumento. Todo lo demás huelga para él en el libro.

Para otro lector, de los que se llaman simplemente «bien educados,» es decir, de los que andan muy á punto en lo de vivir á la moda, discretos á su manera y «correctamente» duchos en todos los tiquismiquis de la *buena sociedad,* el interés consiste en que cada personaje y cada accesorio ocupe en la novela de «su mundo» el lugar correspondiente; que el marqués sea siempre marqués, y el lacayo, lacayo; y, por último, que todo acabe en el libro como los gladiadores romanos sobre la arena del circo: con la elegancia que piden el escenario y los personajes.

Para otros lectores más *modernistas* aún, es decir, para los tétricos de la negación y de la duda, que son los *melenudos* de ahora, el interés estriba en el escalpelo sutil, en el análisis minucioso de las profundidades del espíritu humano; profundidades sombrías, ¡muy sombrías!.... negras si es posible, y en las cuales no exista nada, absolutamente nada de lo que hemos supuesto en ellas los simples mortales; nada, por consiguiente, de impulsos vírgenes, de ideas madres, de sentimientos nativos, espontáneos; nada de amor ciego, desinteresado y noble, como recurso, como elemento artístico. Este es achaque de tontos, rutinario y vetusto. Si acaso, la piedad puramente filantrópica y razonada, á fin de que el marido, hombre de los refundidos en los últimos troqueles, que no es capaz de hacer dichosa á su mujer,

aunque la idolatra y colma de respetos y de lujos, acabe por darle, gustosa y espontáneamente, la libertad que ella desea para ser más feliz con el amante, consentido y aceptado, tiempo hace, en el domicilio conyugal; que á esto y mucho más obliga la *dignidad* del hombre nuevo, sometida á la ley de su razón soberana y luminosa; ley que desconocieron ó profanaron lastimosamente los galanes puntillosos de Lope y Calderón. Mucho «molde nuevo» para todo, y nada, por consiguiente, de Providencia de tejas abajo ni de tejas arriba; algún cadáver que otro por los suelos al final, y, si acaso, el «hombre superior,» héroe de la novela, gozándose á su modo en aquella palpable demostración de la consistencia y buena calidad de su tesis redentora, y condensando su sentir humanitario en un aforismo rimbombante, muy parecido á la blasfemia de otros tiempos.

Suplid vosotros con la memoria los ejemplos que yo me callo, para venir á parar cuanto antes á la afirmación que me atrevo á hacer de que se cuentan por los dedos los lectores que buscan el interés y la verdadera delectación estética en sus legítimas fuentes: en las galas artísticas de la obra; en su desarrollo firme, natural y diáfano; en la verdad eternamente humana de sus caracteres, y, sobre todo, en la concordancia substancial, íntima, justa, del asunto y del lugar, con el lenguaje y el estilo del novelista que los refiere y describe. El mejor asunto tratado impropia, incorrecta ó desaliñadamente por el escritor, resulta, á lo sumo, estatua fría, marmórea y obra más de cantero que de escultor; porque el lenguaje y el estilo, no solamente han de ser la vida que dé movimiento y color al cuadro literario, sino el alma que le infunda expresión, fisonomía y carácter propios é inequívocos. Y quien esto sabe leer en un libro, sabe igualmente, y sin que yo se lo diga, que to-

dos los idiomas, según dictamen de un meritísimo escritor contemporáneo (1), «tienen en sí una virtualidad estética que obra en el espíritu del lector como manantial de deleite, independientemente del contenido interior de ideas, de imágenes ó de afectos á que sirven de vestidura, y que esta virtualidad estética radica en la contextura gramatical y sintáxica de la frase, en el valor prosódico de los vocablos, valor que, aun mentalmente, distingue ese cierto oído que reside en el fondo del cerebro; radica en el enlace de las letras, de las sílabas, de las palabras; en la elección de éstas, en el desarrollo de las cláusulas, en el ritmo del período, en la trabazón, en fin, de todos y cada uno de los elementos gramaticales que forman los idiomas..... en la pluma de los escritores privilegiados.»

Privilegio, añado yo, que, como el numen poético, es don de Dios, y no se enseña en ninguna escuela ni se aprende en ningún libro. Es el de la lengua un sentimiento como el de la poesía, como el del color, como el de la música, como el de la escultura. O se nace con él, ó no se adquiere. Donde le hay, se educa y se perfecciona; pero no se crea donde no existe. Así son los gérmenes, el instinto, la vocación del arte en todas y cada una de sus manifestaciones; y por eso en el empeño, en el afán de adquirir aquel don, se concluye por caer en el vicio del lenguaje *culto*, arcáico, pedantesco y artificioso; pero no se llega jamás al propiamente clásico y castizo, que ha de ser personal, espontáneo, desenvuelto, noble y jugoso; y son ambos lenguajes tan distintos entre sí, aunque el vulgo de los lectores los confunda á cada paso, como la mentira y la verdad, ó el similor de alquimia y el oro nativo y puro.

(1) J. Sardá.

Pues alguien en mi caso, y más atrevido que yo en lo de sentar jurisprudencia y hacer afirmaciones absolutas, diría aquí, fundado en las razones apuntadas en su lugar correspondiente, que si hay novela bien cortada y dispuesta para engalanarse con esas prendas, es la regional, por la misma sencillez y pureza nativas de sus componentes.

Pero es también innegable, volviendo á lo ya insinuado, que la multiplicidad de gustos, buenos y malos, en lo tocante á novelas, está bien justificada en el abundante campo que la contemporánea ofrece hoy á la voracidad insaciable de los lectores, y en el buen crédito de que goza una gran parte de ella, sólidamente cimentado en el arte exquisito y en el talento poderoso de sus autores. Y por cierto que á la obra de ese tan glorioso renacimiento, no ha sido la falange española la que ha llegado más tarde ni con peor fortuna; ni esta Casa ilustre la que menor contingente ha dado á esa falange insigne. Testimonio de ello, entre otros que están á la vista, es la persona que habéis designado para apadrinarme en esta solemnidad; y bien sabe Dios cuánto deploro no tener yo otros títulos para merecer tan señalada honra, que la efusión con que la quiero y el entusiasmo con que admiro su ingenio soberano.

Pues esta misma persona, cuya labor literaria (ideas é intenciones aparte, que muy á menudo no son las mías ni de las que yo aplaudo, como á él le consta sin llevarlo á mal, y le consta también al público que nos lee á los dos), cuya enorme labor literaria, repito, es ya imperecedero monumento del arte español contemporáneo, discurriendo, pocos días hace, en este mismo lugar que yo ocupo ahora, sobre las corrientes que arrastraban é imponían rumbos determinados á la novela de costumbres, terminaba su luminosa disertación

dudando cuál sería el último modelo de ella, ó adónde iría á parar, según el andar que llevaba..... Pura modestia de mi ilustre compañero y amigo del alma; porque talento, vista, experiencia y perspicacia le sobran para saber, sabiendo, como ya sabe, en qué para todo lo que corre demasiado y se sale de sus legítimos cauces, sin otro guía que el vértigo de la inquietud y el estímulo de la novedad, que el objeto de sus dudas ha de parar, irremisiblemente, ó en despeñarse, ó en volver al abandonado punto de partida para encauzarse de nuevo.

Sobre la roca solitaria de los mares pasa la furia de los vientos desencadenados, y las olas la flagelan con su azote, cuyas espumas escalan el espacio y se difunden en los plomizos nubarrones que se desgajan del cielo, preñado de tinieblas..... hasta que la ira de los vientos se calma, las aguas se adormecen, brilla el sol espléndido en el azul purísimo de la bóveda celeste, y la roca solitaria vuelve á erguirse inmóvil en la superficie mansa y rumorosa de la mar sin límites.

Pues algo semejante acontece cada día en todos los desbordamientos y tempestades de la veleidad humana. Lo que no muere nunca, lo que sobrevive á todo linaje de tempestades y de revoluciones, es lo que por sí es indestructible é inmutable, como el poder que lo ha creado y la ley por que se rige y gobierna. A unos tiempos siguen otros tiempos, á unas modas otras modas, á unas costumbres otras costumbres; y miradas la humanidad y sus obras desde cada uno de estos puntos de vista, ningún tiempo se parece á otro, ninguna sociedad á otra sociedad, ninguna moda á otra moda, ninguna costumbre á otra costumbre, ningún hombre á otro hombre; y, sin embargo, dejad que los vientos se calmen, que lo revuelto se ordene; quiero decir, que se despoje á todos los hombres de sus atavíos y

accesorios, desde el cayado y la zalea de los tiempos bíblicos, hasta la púrpura de los Césares, ó la armadura del Cruzado, ó la ropilla y los gregüescos de ayer, ó la chupa ó el frac ó la chaqueta de este siglo y de nuestros días, y siempre se hallará, debajo de éstas y de aquellas caprichosas, pegadizas y mudables envolturas, el mismo núcleo, el mismo sér, el mismo padre Adán caído, en carne y hueso, con su naturaleza física asediada por todo linaje de pestes; con su naturaleza moral perseguida por todas las roñas de que es susceptible su corazón, puñado, al fin, de tierra impura; con su inteligencia, infundida por Dios para buscarle en el bien, y cegada por el diablo para extraviarle en el camino, ó, en otros términos y para otros gustos, con una razón que podría guiarle lejos de todo mal, y unas pasiones que le arrastran continuamente hacia él..... ¿Qué importan, para el caso, el color de las ideas, ó unas cuántas de menos ó de más en el cerebro? ¿Qué la casta ni el valor de las codicias que le devoran y aceleran el andar incierto de su vida? ¿Qué la ocasión ni el motivo de que se ejerciten y resplandezcan sus talentos y virtudes? Todas estas diferencias, que parecen esenciales, son pura casualidad, meros accidentes de tiempo y de lugar, indumentos y accesorios exteriores; y el más ó el menos en lo postizo, eventual y mudable, no altera en nada, como dije de su hechura, la esencia de las cosas. De manera que el hombre, siempre y en todos los tiempos y lugares, es el mismo, y siempre nuevo en el escenario del mundo, como es siempre la misma, y nueva siempre, la naturaleza que le circunda.

Pues á este origen, á este punto de partida, han de volver, á la larga, las desbordadas corrientes de que tratábamos; porque el hombre y la naturaleza nunca

pasarán de moda ni dejarán de ser motivo de inspiración para el novelista, como el desnudo para las artes plásticas; y sabido es, además, que cuanto mayor es la sencillez del elemento artístico, más grande resulta la obra de arte; y en un libro inspirado en estos componentes, siempre hallarán vivo y profundo interés los lectores de buen gusto, para quienes, dicho sea de paso, deben escribirse los libros.

Por eso creo yo que no está la cordura del novelista en oponerse á las corrientes impetuosas de las ideas y de las modas literarias, sino en elegir un punto fuera del radio de su poder absorbente, para verlas pasar. Y séame lícito, porque no es injusto, colocar en este lugar indemne la novela de mi tesis, que es la más extraña á esas corrientes asoladoras; la más sencilla y modesta, y la que, como os dije al principio, tiene más puntos de contacto con la naturaleza que con la sociedad; con lo perdurable que con lo efímero y pasajero; con la eternidad del arte que con el artificio endeble de *las circunstancias*.

Pero (y vaya como término de la mortificación que os estoy causando rato hace) quiero yo suponer y dar por hecho que todos estos razonamientos míos son puras visiones de la fantasía apasionada; que en el torrente que se desborda y precipita, que en la tempestad que se desata, caiga y se derrumbe hasta la roca de mi ejemplo, que parecía inconmovible; que nada quede de lo que antes fué; que en su desatentada velocidad, nada respete el carro del triunfador en su camino; que todo, absolutamente todo lo existente en este bajo mundo, se desfigure y refunda en los nuevos moldes de un porvenir más ó menos lejano..... Pues razón de más para que yo sustente con doblado empeño mis declaradas convicciones en la materia, y juzgue su pre-

ponderancia de mayor necesidad. Para cuando llegue ese día; para cuando no haya fronteras en las comarcas ni en las naciones; cuando en todo el mundo, que seguirá llamándose civilizado y culto, se vista un mismo traje y se sienta y se piense del mismo modo, y por contera y remate se hable el *volapuk;* es decir, cuando los pueblos y las gentes pierdan sus peculiares rasgos fisonómicos; cuando el vastísimo cuadro de la humanidad no tenga más que un color, y ese muy triste, y el mundo llegue á ser una inmensa y desconsoladora estepa, y se mueran en ella de tedio sus habitadores, quédeles, por misericordia de Dios, el refugio del arte de estos tiempos, como fiel archivo de las olvidadas costumbres nacionales, donde hallen los desesperados algo en que poner los ojos del espíritu y emplear las fibras del corazón aterido y ocioso, y que este noble y puro deleite se difunda y circule por sus venas, como germen de más levantados estímulos y savia de una nueva vida.

He dicho.

CONTESTACIÓN

DEL

Sr. D. BENITO PÉREZ GALDÓS

Señores Académicos:

Sin necesidad de juramento, espero convencer á cuantos me escuchan de la sinceridad de mi orgullo y satisfacción por haber sido designado para contestar, en vuestro nombre, al nuevo Académico D. José María de Pereda; honor insigne en el cual todos veréis, como la veo yo, una alteración de jerarquías, y como un cambio de papeles, pues no parece natural que los ahijados presenten á sus padrinos, ni que los discípulos alcancen antes que los maestros esta clase de honores. Accidentes de tiempo y lugar, y anomalías reglamentarias que todos conocéis, han producido el caso extraño de que me encuentre aquí quien debió precederme; y en cuanto á títulos que expliquen, ya que no justifiquen, padrinazgo que tanto me envanece, me permito invocar exclusivamente la amistad que desde muy antiguo al Sr. Pereda me une; amistad que junta en un solo haz fibras de la vida moral y del sentimiento estético, y que no vacilo en ofrecer como modelo á la gente del oficio, creyendo firmemente que es un inmenso bien y una fuerza eficaz en los turbados tiempos que corren; amistad que no ha sucumbido ni sucumbirá nunca ante divergencias de criterio en cosas muy substanciales, porque estas mismas discordias han sido para el afecto

que nos liga como la forja consistente que da al metal mayor dureza y temple más fino.

Con múltiples ejemplos, bien lo sabéis, la vida nos enseña que los más vivos y durables afectos deben su firmeza á una ponderación feliz entre la comunidad de gustos, reforzada por afinidades de un orden moral, y la discrepancia de opiniones, que si son profesadas con honrada convicción, dan á los caracteres el vigor de que los sentimientos se nutren. Recuerdo que en los primeros tiempos de nuestro trato, veinticinco años há, cuando hablábamos de cosas literarias, ó de las varias cuestiones políticas y sociales que con ellas se relacionan, tan pronto veíamos confundidas nuestras almas en fraternal concordia, como separadas por profundo y ancho surco que yo no veía manera de llenar. Nuestras sabrosas conversaciones terminaban á menudo con disputas, cuya viveza no traspasó jamás los límites de la cordialidad. No pocas veces, llevado yo de mi natural conciliador, cedía en mis opiniones. Pereda no cedía nunca. Es irreductible, homogéneo, y de una consistencia que excluye toda disgregación. Más fácilmente conquistaba él en mí zonas relativamente vastas, que yo en él pulgadas de terreno. Pero esas extensas zonas, justo es decirlo ingenuamente, las volvía él á perder en cuanto nos separábamos, y la pulgada de terreno, si por acaso lograba yo ganarla con gran esfuerzo, era recuperada por mi contrario, y á la primera entrevista nos encontrábamos lo mismo, siempre lo mismo: él con sus creencias, yo con mis opiniones. Y empleo con toda intención estos dos términos, creencias y opiniones, para indicar con ellos que Pereda me llevaba la ventaja de no tener dudas. Ved aquí también la diferencia capital entre nuestros caracteres considerados literariamente: Pereda no duda; yo, sí. Siempre he visto mis

convicciones obscurecidas en alguna parte por sombras que venían no sé de dónde. Él es un espíritu sereno, yo un espíritu turbado, inquieto. Él sabe adónde va, parte de una base fija. Los que dudamos mientras él afirma, buscamos la verdad, y sin cesar corremos hacia donde creemos verla, hermosa y fugitiva. Él permanece quieto y confiado, viéndonos pasar, y se recrea en su tesoro de ideas, mientras nosotros, siempre descontentos de las que poseemos, y ambicionándolas mejores, corremos tras otras, y otras, que, una vez alcanzadas, tampoco nos satisfacen.

Esta diferencia notoria en caracteres pertenecientes á una misma generación, oblígame á repetir algunas ideas expresadas en el discurso que tuve el honor de leer ante vosotros en una ocasión para mí inolvidable. La sociedad en que hemos nacido nos da su propio sér; diríase que reparte ó distribuye en sus hijos sus calidades fundamentales, para que seamos lo que es ella misma, y hagamos real el dualismo que por naturaleza la constituye. La sociedad presente es en todos los momentos, y con acción simultánea, revolucionaria y conservadora. Si en el orden político, regido por el tiempo, se manifiestan alternativamente y con movimiento pendular estos dos estados, en el orden literario aparecen juntamente. Los hechos alternan. Las ideas coexisten, y aparecen confundidas como apretados hilos de una tela sutil. La sociedad siente y expresa su ansia de reforma, vagos anhelos de mejorarse, ó siquiera de cambiar de postura; siente y expresa también su anhelo de reparar las energías perdidas en aquel esfuerzo. Piensa en lo nuevo; piensa en lo inmutable. Sus aspiraciones á lo desconocido se confunden con el profundo amor de su sér ingénito y de sus propiedades esenciales. Un doble instinto, y así lo expreso por no poder

expresarlo de otro modo, la mueve constantemente: el instinto de renovación, el instinto de reparación. Sus fiebres ardientes son tan naturales, como la grave sedación con que vuelve sobre sí misma, y en su propio sér histórico y castizo se encierra. Ni quiere lanzarse sin freno al vértigo de las innovaciones, ni estancarse en mohosa rutina. Desarróllase ampliamente en las dos vidas que la constituyen, porque dos vidas son, y bien podemos observarlas y reconocerlas, así en el orden social y político, como en el literario.

No necesito decir que desde que me deparó mi buena estrella el grandísimo bien de trabar amistad con Pereda, me arrastró hacia él una profunda admiración. Admiré primero su ingenio, que potente se revelaba en sus obras juveniles; pronto admiré su carácter; en el trato amistoso con la persona que, andando el tiempo, había de ser una de las más ilustres de nuestra nación, aprendí muchas cosas y adquirí no pocas ideas, entre ellas una que estimo de gran valor: la idea de que existe perfecta fusión entre la naturaleza moral y la naturaleza artística. Advertí en Pereda que hombre y poeta eran uno solo, y que sus cualidades preciosas se compenetraban maravillosamente. El buen montañés escribía como pensaba, y obraba como escribía: inspiración y conciencia se confundían en una sola llama, en una sola luz. El arte y la vida no podían en él separarse; su prosa era su existencia, radiación de un alma austera en lo esencial y festiva en lo accesorio, toda pureza, convicción y exquisita donosura.

Desde el primer día de nuestro conocimiento, le ví como un gran carácter, y mi admiración y cariño fueron madurándose y fortaleciéndose con el correr del tiempo, á medida que aquel excelso ingenio desarrollaba su primorosa labor literaria. Me seducía la firme-

za de sus ideas, en las cuales veía la seguridad y permanencia de los bienes heredados; me encantaba el reposo de su noble espíritu, embargado por el culto de la vida española, y aquel afán, tan generoso como quimérico, de resucitar todo lo bello y bueno de un hermoso pasado; me atraía su caudalosa vena satírica, implacable con el prosaísmo de nuestra edad de azogue; el ardor, en cierto modo caballeresco, con que sostenía sus creencias en cualquier disputa familiar; la hermosa sencillez de su vida, no turbada por otra ambición que el santo anhelo del bien moral y del bien artístico; esa fiebre del éxito que á cada cual le empuja con más ó menos fuerza en su camino, y á él le ha llevado á ganar la corona más excelsa, produciendo obras de un valor imperecedero.

Y puesto que todo se ha de decir, y en este acto, como en otros menos solemnes, la sinceridad es gran virtud, diré que mi insigne amigo correspondía con efusión al cariño que yo le mostraba, y en nuestras cordialidades, como en nuestras discordias, no se desmentía jamás aquella benevolencia fraternal, como de hermano mayor, con que me distinguía y alentaba. Cuando presentaba yo, en mis novelas de los años 75 y 76, casos de conciencia que no eran de su agrado ó desdecían de sus ideas, me reñía con sincero enojo, y á mí me agradaba que me riñese. Conservo como oro en paño, entre los papeles de nuestra larga correspondencia, sus acerbas críticas de algunas obras mías que no necesito nombrar; juicios de gran severidad que son la mejor prueba de la consistencia de sus doctrinas y del afecto que me profesaba, el cual ni por éstas ni por otras divergencias menos importantes se ha enfriado en los años sucesivos.

Examinando la vida artística de Pereda, primero como pintor de costumbres y paisajes de la Montaña,

*

después como escritor de aliento en la novela grande, hemos de ver en su aparición un caso lógico de los más claros que podría consignar la filosofía de la historia literaria. Bien sabéis, pues aun los más jóvenes de entre vosotros alcanzan con sus recuerdos más allá del último tercio de este siglo, que los años que siguieron al 68 trajeron á nuestra sociedad y á las letras patrias grande agitación. La ruína de un estado social y político, que no hay por qué examinar aquí, y su brusca sustitución por otro, produjeron forzosamente expansiones del espíritu, mayor desembarazo en las acciones, vuelo más libre en las ideas, marcándose direcciones en cierto modo aventureras, con generosas audacias en algunos casos, con temerarios rumbos en otros. Era la ineludible ocasión histórica en que una raza se ve impulsada con irresistible sed interna á buscar en las esferas amplísimas de los países más avanzados en la civilización, ideas y formas nuevas. Cuando una sociedad llega á sentir este anhelo de nueva sangre, es porque en cierto modo la necesita. No entraré á determinar si esta querencia del sentir y pensar de otras razas, se contuvo dentro de los límites de un prurito generoso, indicio de necesidad orgánica. Contuviérase ó no, fuese ó no demasiado lejos en su camino, era natural que se marcase en nuestra sociedad el anhelo de restaurar su existencia castiza, de hacer recuento y nuevo uso de su caudal de ideas propias. Esta tendencia de un pueblo á envolverse sobre sí, á ensimismarse, es representada por Pereda; y por lo que al arte de la Novela se refiere, en él se encarnó la España soñadora de lo pasado, anhelando ser lo que fué, con la adaptación natural á las exigencias de los tiempos nuevos. Esto quiere decir que no resulta el gran escritor completamente ajeno á toda influencia de las ideas importadas, si bien esta influen-

cia, en ingenio tan inflexible y dueño de sí, no mengua su potente originalidad. Todo lo que piensa y siente Pereda es suyo, todo de formación castiza; su labor presenta en altísimo grado los dos caracteres culminantes del arte castellano: la austeridad en las ideas fundamentales, y la gracia de la forma. Tesoros que creíamos perdidos, él los descubre donde menos se pensaba, debajo de su propia planta; aunque suele recrear excesivamente su espíritu en la contemplación y alabanza de las edades remotas, toda su creación pertenece á la realidad presente, y el lenguaje que emplea, incomparable por su nitidez y elegancia, no nos resulta arcáico. Es nuestra lengua, viva, coetánea, vigente; la lengua que hablaríamos si habláramos bien.

Tenemos, pues, en Pereda el contrapeso poderoso de las impaciencias innovadoras. Nuestra literatura novelesca ha logrado ese beneficio, y por eso está equilibrada, y por eso vive. Vive, porque ha podido ensanchar su esfera de ideación en mayor ó menor grado; vive, porque ha sabido sostener el alma y los modos de la raza. Lo armónico de este conjunto se comprende y aprecia mejor, advirtiendo que las tentativas de renovación no tendrían eficacia sin ese contrapeso que les impide lanzarse á desvaríos peligrosos, ni ese contrapeso valdría lo que vale si no existiese algo que le estimula en su misión grandiosa.

Expresada, con mi torpeza natural, esta opinión sincera sobre lo que Pereda significa y representa en la literatura contemporánea, intentaré un breve comentario de sus creaciones más afamadas; trabajo difícil que otros han hecho con grande maestría, y que yo desempeñaré como Dios me dé á entender, disimulando la insuficiencia en materias de crítica con mi conoci-

miento del carácter del maestro, de sus hábitos, de su modo de sér literario, y de la región venturosa que le tiene por hijo, y en la cual reside, como el alma en el cuerpo, con fusión misteriosa que sólo la muerte puede destruir, todo su sér mundano y artístico. Porque de tal modo se infiltra y compenetra el espíritu de Pereda en la región cántabra, que no hay forma ni manera de separarlo de ella. Su pensar inflexible lo vemos en la ingente majestad de las montañas altísimas; su intransigencia en los cantiles formidables que resisten el empuje de las aguas; su gracia melancólica en las apacibles colinas cubiertas de un verdor mate; su existencia plácida y sencilla consagrada á la familia, á la amistad y al arte, en aquel ambiente tibio y en aquel plateado cielo; su pasión artística, que sufre convulsiones hondas, en aquel mar que, tan pronto furioso, tan pronto en calma, pero siempre movido y respirando con el ritmo de sus ondas inquietas, nos ofrece la imagen viva del pensamiento.

Error notorio es la suposición de que el ingenio de Pereda se empequeñece encerrándose en la tierra nativa, en la cual se arraiga su vida entera. Creo firmemente que la preferencia sistemática del ilustre autor por su *tierruca* montañesa, le engrandece; creo asimismo que por el supremo arte con que ha sabido pintar la vida en una comarca española, ha entrado tan de lleno en la vida nacional. Las creaciones artísticas necesitan suelo y ambiente. Nuestra nación carece de unidad, fuera del orden político, cuyos artificios, que sin duda responden á una necesidad, no se ocultan á nadie. Pereda ha escogido aquella parte del suelo y del ambiente en que nació y que mejor conoce, lo que siente como su propia vida, lo que es carne de su carne y hueso de sus huesos; de lo que resulta una intensidad

en la creación, que no es posible sea igualada por quien empleara el procedimiento extensivo, pretendiendo pintar toda la vida española en las distintas comarcas que constituyen nuestra heterogénea nacionalidad. Y como ha sabido encontrar lo profundamente humano en la casta regional; como además posee cual ninguno el primer elemento de unidad, que es la lengua, resulta que su particularismo lleva en alto grado el sello patrio y de conjunto. En realidad, todos somos regionalistas, aunque con menor fuerza que Pereda, porque todos trabajamos en algún rincón, digámoslo así, más ó menos espacioso de la tierra española; porque elegimos nuestro modelo en determinadas fisonomías ó tipos de esta variada familia que se ha formado, sabe Dios cómo, de innúmeras mezcolanzas y contubernios en el tálamo de una historia en que se revolvieron diferentes razas, caracteres, temperamentos y religiones.

En esto del regionalismo he creído siempre que cada cual debe escribir como piensa, y pensar lo que vive y siente, sin cuidarse de los que regatean el sentido nacional á las creaciones que no lleven siquiera un barniz de apariencias metropolitanas. Paréceme á mí que la metrópoli es región y de las más características, con su vida mixta, entreverada de extranjerismos elegantes y de las ranciedades más españolas, juntando los vicios de la raza á los vicios exóticos, y las marrullerías castizas á los desenfados adquiridos en el trato abierto y francote de las sociedades modernas. Creo que Madrid no es la capital espiritual, compendio del sentir y pensar de un pueblo, como no es capital geográfica, por carecer de condiciones físicas; veo aquí un intenso regionalismo, que podríamos llamar urbano, cual ninguno interesante y pintoresco, grande y riquísimo venero para el artista. Creo que con igual acierto

se pueden imaginar y componer grandes obras de verdadera transcendencia nacional, aquí ó en cualquiera de los reinos, provincias y lugares de nuestra hilvanada nación; porque en todas las partes del territorio hay algo que es común á cuantos en él vivimos; porque la síntesis nacional existe, aunque se esconde á nuestras miradas, y si en nuestras virtudes no sería fácil descubrirla, seguramente en nuestros defectos la descubriríamos.

Lo que importa es que el artista sepa encontrar la desnudez humana, y acierte á ornarla con el colorido local sin que sus bellezas se pierdan, y en esto es Pereda consumado maestro. Sus obras rebosan de vida, de verdad; su estilo abraza todos los tonos, desde el lenguaje privativo con que da existencia tangible á los tipos populares, hasta la expresión cadenciosa y grave que aborda los temas descriptivos, narrativos y psicológicos. Entre los principales caracteres de sus grandes obras, como *Sotileza, Pedro Sánchez, La Puchera* y *Peñas Arriba*, hay seres vivos de intensa realidad, que, sin perder su filiación montañesa, son españoles netos y sintéticos, de los pies á la cabeza, como el propio D. Quijote y el propio Sancho, que serán todo lo manchegos que se quiera, pero son también la representación más vital del alma y rostro de nuestra tierra.

Hizo Pereda sus primeras armas en *La Abeja Montañesa,* periódico que se publicó en Santander por los años 1858 á 1870, y de la misma época datan las primeras *Escenas Montañesas*, en que se reveló como extraordinario pintor de costumbres. Coleccionados en un volumen aquellos lindísimos grupos, dieron renombre á su autor; y cuando aparecieron los *Tipos y Paisajes*, la fama le señaló como maestro sin igual en esta clase de obras, al modo de rudimentos de novelas, ó materiales

reunidos para componer cuadros más amplios y complejos de la humana vida. No todos los antecesores de Pereda en este arte de los dibujos de escenas sueltas lograron dar á sus obras el sello de la realidad, que es la virtud culminante en las pinturas del insigne montañés. Arte más fácil es el que consiste en idealizar aldeanos y marineros, dibujándolos con afectadas líneas, conforme á un tipo de receta que el lector se sabe de memoria antes de abrir el libro. Pereda acometió la difícil tarea de expresar con absoluta verdad los tipos populares, no apartándose del modelo que ante sus ojos le ofrecía constantemente la Naturaleza, y este procedimiento le llevó pronto á eclipsar á cuantos le habían precedido. El sistema de escrupulosa sujeción á las inflexiones, contornos y luces que da el natural, sistema empleado por Velázquez con tenaz perseverancia, que tiene algo de fe religiosa, fué empleado por Pereda, primero en sus cuadritos, después en las grandes telas de su labor novelesca. Sus planes sencillos, la derivación pausada en que presenta los sucesos, su repugnancia de las combinaciones en que la novela parece usurpar su terreno al teatro, la lógica rigurosa, la moral franca y todas las demás calidades eminentes que avaloran las obras del insigne maestro, no tendrían tanto realce si no campeara sobre ellas la individualidad de los caracteres, arrancados del natural; no con la minuciosa atención fragmentaria del pintor que analiza en el modelo, sino sorprendidos de un solo golpe, como quien siente los caracteres en la vida real, los sorprende en los círculos de la amistad y de la familia, los encarna en las personas más queridas, en sí mismo tal vez, y asimilándose la figura, la expresa en el libro, y éste, como espejo milagroso, reproduce la imagen de quien lo escribe. Contribuye á este admirable re-

sultado la facultad retentiva que Pereda posee como nadie, y con la cual archiva y perpetúa los recuerdos de la infancia, de la juventud, de toda la vida, agasajándolos en el espíritu, hasta que adquieren esa madurez inexplicable que los habilita para pasar de los senos nebulosos de la memoria á los resplandecientes de la creación artística.

Después de las *Escenas Montañesas* se lanzó Pereda, ávido de espaciarse en regiones más altas, á la novela de aliento. *El Buey suelto*, *De tal palo*, *tal astilla*, y *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, señalan la segunda manifestación literaria de aquel preclaro ingenio, y lo que podríamos llamar su primera manera como novelista. En las tres obras citadas revela todo su poder narrativo y descriptivo. Preciosas escenas y cuadros de la vida montañesa se admiran en ellas; desarrollos psicológicos en los que el autor persigue fines docentes ó alguna tesis de actualidad. Pero con todos sus aciertos no llega todavía á la esfera culminante en que le vemos años después, creador asombroso de *Sotileza*, obra magistral, de la que no haré un juicio crítico, sencillamente porque no sé hacerlo: tan sólo expresaré la profunda emoción con que siento ese libro, y aprecio y palpo su verdad pasmosa. En él ha sabido condensar el gran narrador toda la poesía de la marina cantábrica, combinándola con la realidad viva, alma y cuerpo en perfecta unión. Nunca ha tenido la gente de mar pintor más hábil. *Sotileza* es, al propio tiempo, montañesa y universal, porque los seres retratados en ella son casi los mismos en todos los países: les iguala la unidad del grandioso elemento en que se consumen sus vidas de abnegación, de rudo trabajo, de candorosa inocencia. El sentir y pensar de los marinos son casi idénticos en todas las regiones donde hay mar, como éste habla la

misma lengua, con más ó menos estruendo, en todas las costas y cantiles en que rompe ó extiende sus olas. Desde San Pedro á Tremontorio, advertimos pocas diferencias en lo esencial del tipo, y en nuestra España de hoy, el pescador cántabro y el canario, como el balear y el gallego, son un solo mártir de la Naturaleza, con diferencias de lenguaje no tan notorias como la uniformidad de las ideas, y del laconismo quejumbroso con que las expresa. Resulta el libro de Pereda un poema del Océano costero, del Océano en cierto modo popular, granjería de toda una raza que en él y por él vive, con trabajos indecibles, hostigada por inclemencias de que no tenemos idea los que en tierra vivimos; raza infeliz y creyente que devoran las galernas en el mar, y en tierra las miserias y ahogos de la vida, y que, baqueteada por las tempestades de fuera y de dentro, muere en el santo amor de las soledades oceánicas, pues no hay afición que, como la del mar, tenga la virtud de acrecerse con las desdichas y trabajos.

Esta sociedad singular, con sus caracteres bien definidos, su sencillez ruda, su fe inquebrantable y el fondo soberano en que se agita, como ella rudo, elemental, aproximado emblema de lo infinito, la reproduce Pereda con tanta verdad como poesía. Las figuras principales del libro, Sotileza, Carpia, Muergo, el padre Apolinar, etc., son tan verdaderas, que la manipulación artística desaparece en ellas, y se nos ofrecen surgiendo con vida efectiva, cuerpo y espíritu, rostros y palabra, del seno de las páginas. En la acción sencilla y con fácil lógica no vemos la mano que compone. Creyérase que todo se ha hecho por sí mismo, con espontáneo proceder y por natural formación, sin que lo tocaran los dedos del artífice. Libros como *Sotileza* pertenecen á la literatura europea, y para adaptarlos á

una región y hacerlos caber en ella, hemos de imaginar en ésta un tamaño desmedido. Es joya tan grande, que para darle estuche tenemos que empalmar nuestra nación con otras, buscando la universalidad del sentimiento estético.

No es de menos fuerza que *Sotileza*, *Peñas Arriba;* y si en la primera erigió un monumento al mar y sus trabajadores, en la segunda ha reproducido la majestad de las alturas, donde acaba la humanidad y empiezan las nubes. También los que habitan en las montañas tienen algo de héroes y mártires, porque viven en continua lucha con las inclemencias atmosféricas, y soportan mil privaciones y trabajos. Como los que del mar y en el mar viven, los montañeses de altura son rudos, de temple vigoroso, creyentes, también apegados á la roca, como los mareantes á las ondas traicioneras. Huéspedes de las cumbres solitarias, gozan de una espiritualidad que no es común en los que pueblan los valles templados y las ciudades bulliciosas. Pereda nos da en su bella obra perfecto conocimiento del suelo abrupto y del paisanaje que en él tiene sus inaccesibles guaridas; y si maestro es en la pintura del fondo, de las majestuosas peñas, de los tortuosos desfiladeros, áridas laderas y musgosos riscos, no lo es menos en la de aquella humanidad que se codea con las águilas, y conserva en su fisonomía perfiles acentuados de antiguos caracteres y virtudes, que el roce social va borrando en la tierra baja. De tal relieve son las figuras de D. Celso, Facia, D. Sabas y el señor de la torre de Provedaño, que no las hallaréis semejantes, como no sea en los marinos de *Sotileza*. Por el poético encanto de su austero paisaje, tan cercano del cielo, y la interesante sencillez, la compostura genuinamente infanzona de los hidalgos montañeses en ella pintados, la lectura de *Peñas Arriba*

produce en cierto modo el vértigo de las alturas. Se siente el lector transportado á las regiones en que el aire se rarifica, la vista se desvanece, la respiración es tarda y ansiosa. El trato de aquellos solitarios, vecinos de las nubes, nos impone un respeto parecido al miedo: vemos en ellos raza de titanes, que podrían despedazarnos fácilmente entre sus dedos. Las marrullerías lugareñas son allí ya, al influjo de aquel ambiente sutil y del rudo baqueteo que impone la Naturaleza, un completo sistema filosófico mundano que da quince y raya á la gramática parda de los llanos de Castilla; pero, en cambio, la espiritualidad es mayor que en ninguna parte, y el sér moral alcanza grados de peregrina grandeza.

En *Pedro Sánchez* tanteó Pereda la novela urbana con singular acierto; y si no tuviera más títulos que éste para que su ingenio adquiriera diploma de universalidad, éste sólo le bastara. La amenidad, la gracia de este libro, de acabada complexión cervantesca, son incomparables. En el héroe, arrancado á la realidad presente, se nos ofrece una vulgaridad simpática, el tipo común de honrado provinciano, que trasplantándose á Madrid desde su aldea, en busca de fortuna, sólo encuentra aquí confusión y desengaños. Siempre que Pereda presenta un personaje en esta situación, infiltra en su alma la nostalgia hondísima de la *tierruca*, comunicándole sin pensarlo el sentimiento que en él domina, pues hombre menos cortesano no creo que haya venido al mundo. Y habréis de notar que la aversión del buen montañés á cosas y personas de esta capital, no le ha impedido retratar fielmente la sociedad madrileña en los tiempos del 54 al 56, harto distintos de los presentes. Salones y casas de huéspedes, oficinas y barricadas, tertulias burguesas, reñideros políticos, forman en *Pedro Sánchez* una entretenida serie de cuadros urba-

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA · BIBLIOTECA

nos, que reproducen con pintoresca exactitud la vida matritense anterior al 68. Pero el suelo nativo y el entoldado cielo montañés le llaman con irresistible sugestión, y nos da *El Sabor de la tierruca* y *La Puchera*, que vienen á ser como un enlace entre las dos obras culminantes *Sotileza* y *Peñas Arriba:* en ellas recorre el camino apacible que separa, y al propio tiempo une, los dos términos grandiosos entre los cuales se encierra la vida de aquella región: de una parte, la terrorífica inmensidad del mar; de otra, las frías alturas selváticas. Diríase que el autor, para transportarse de una á otra soledad, del Océano sublime á la sublime altivez de los montes, ha tenido que tomar aliento y emprender despacio su camino, esparciendo el ánimo en la contemplación de los risueños paisajes que á cada paso encuentra; charlando, como él solo sabe hacerlo, con los socarrones tipos del país que de todas las corraladas, casonas y rústicos albergues salen á rendirle pleito homenaje, y á ofrecerle sus deliciosos solecismos, sus extraños modos gramaticales y prosódicos, escoria del lenguaje, que él convierte en oro finísimo de Arabia con las artes de su mágico estilo.

Por no fatigaros, no termino el recuento del caudal literario de Pereda, y el corto espacio que me resta, antes que á las obras de arte, de todos conocidas, lo consagraré á la persona, en Madrid y en nuestro tiempo, poco familiar á los ojos y al trato. Si por la gallardía de su prosa, por la irreductible firmeza de sus ideas, en el orden religioso más que en el político, y hasta por su empaque, le creyérais transportado del siglo XVII al nuestro, por virtud de una evocación milagrosa, en que anduvieran el espíritu de Cervantes para el ingenio festivo, el de Fr. Luis de Granada para el discernimiento grave, y las manos de Velázquez para dar los últi-

mos toques á la figura, por su decidido amor á las letras contemporáneas, por la atención con que sigue y aprecia todas sus manifestaciones, y por la cordial simpatía con que distingue á los que las cultivan, es de nuestro tiempo, nos pertenece, y con nosotros alienta y vive.

El hombre es tan digno de admiración como el escritor, á poco que se le trate. Pero habríais de poneros en guardia contra sus levantiscos y siempre insubordinados nervios. Podría expresarse el temperamento de Pereda con una frase imitada de Quevedo, que quiero emplear aunque resulte algo estrambótica: *Érase un hombre pegado á un sistema nervioso.* Desde que empieza á componer y escribir sus obras hasta que las concluye, se desata la máquina de sus nervios de un modo tal, que inspira cuidado á cuantos le rodean. Epiléptico literario, creyérase que las ideas y el estilo brotan como chispas de su tostada epidermis, de su áspera cabellera, y hasta parece que se siente dentro de él el traqueteo de la elaboración artística, como el de un telar que trabaja con ruidoso choque de piezas mecánicas. Pero esto no es nada en comparación del estado espasmódico en que se pone nuestro excelso autor cuando, terminada la obra, y con todo esmero impresa, sale al mundo en busca de lectores que la compren, la saboreen y la juzguen. En esta expectación angustiosa, como la que precede á la botadura de un barco, Pereda no vive; sus nervios se encalabrinan y desmandan hasta lo increíble; padece ansiedades, alucinaciones, desvaríos del gusto y del sentimiento, que le llevan á considerar sus propias obras como engendros monstruosos incapaces de sacramento. El temor de que su libro sea recibido con desdén, le quita el sueño; la idea de que ha cometido un error al publicarlo, le amarga la existencia. Cierto que, al fin, estos temores se disipan

con la carta del amigo que le felicita; con el periódico que publica, aunque tarde, estudios ó reseñas de su obra, y torna el hombre á la vida jurando no volver á pasar las tremendas agonías de la gestación, parto y crianza del libro, hasta que los nervios, hostigados de la imaginación, vuelven á funcionar; la voluntad, primero rebelde, acaba por hacerles caso, y ya le tenemos otra vez armando el andamiaje y luego la soberbia fábrica de un nuevo libro que, como todos sus hermanos, ha de salir bello y ejemplar, para gloria de las letras patrias.

Es cosa averiguada también que nuestro ilustre amigo, entre otras rarezas de su carácter, siente un grande aborrecimiento de las ciudades populosas, que interponen entre su espíritu y la Naturaleza grueso mural de calles antipáticas, de caseríos repletos, de gentes frívolas, embusteras y maleantes. Ama con pasión exclusiva los valles melancólicos de su tierra, y la capital cántabra, donde no hay piedra, ni ladrillo, ni alero, ni poste que no le hable, que no le mire, que no despierte en él sentimientos familiares, sonriendo con sus alegrías y llorando con sus penas. Cantabria es su nido, y en él encuentra el dulce atavismo que recrea su alma, y un presente fácil y plácido; en él su familia y su pueblo, que es más amplia familia. Las generaciones fenecidas y la viviente le interesan por igual, y entre ellas pasa sus días gloriosos, sosegado y triste, unido á las primeras por el recuerdo, que mantienen fresco las cosas materiales; unido á la otra por la franca y cariñosa convivencia. No esperéis curarle de este amor á su región nativa, enclavada entre el mar y el monte; no penséis que ha de tomar cariño á la vida bulliciosa de acá, ni que hemos de conquistarle con los honores que aquí se le tributen, honores que su merecimiento justificaría

aunque fueran mayores y más ruidosos. Esfuerzo grande ha tenido que hacer para venir á recibirlos, en ésta como en otras ocasiones, no porque no los estime en lo que valen y significan, sino porque ama la soledad nemorosa, y es un espíritu soñador y meditabundo, que no puede vivir fuera de la maternal compañía de la Naturaleza. Sin duda su corazón está hoy con nosotros, con cuantos cultivamos en este ingrato suelo el árbol de la literatura; principalmente con los que han dedicado sus esfuerzos á dar vida al arte novelesco, y son muchos y buenos por dicha de todos. Pero si hoy está con nosotros, no sólo en espíritu y en cuerpo, y su corazón nos pertenece, no pensemos en retenerle, porque cometeríamos un acto de crueldad. Dejémosle volver á las soledades de que nos habla en las primeras cláusulas de su discurso, porque en esas soledades existe el *alma mater* que da luz á su ingenio y lo hace pujante y fecundo. Allí está su numen, allí su felicidad. Allí le sigue nuestra admiración y la de toda España.

He dicho.